

exigentes. El emperador fué nuevamente excomulgado en 1239 y murió en 1250, desconocido de la mayor parte de sus vasallos y rechazado de muchos otros.

Conrado IV (1250-1254), su hijo, apenas tuvo tiempo de conquistar Italia, y su nieto Conradino, nacido en 1252, disputando la posesión de Nápoles á Carlos de Anjou, protegido del papa, fué preso y ejecutado á los dieciséis años. A ese crimen respondieron las Vísperas Sicilianas veinte años después.

Los papas enemigos de los Barbarrojas son Adriano IV (1154-1159), Alejandro III (1159-1181), después, durante los diez años siguientes, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III. Inocente III (1198-1216) fué el contemporáneo del emperador Otón IV. Honorio III y Gregorio IX (1227-1241) fueron los primeros adversarios de Federico II, luego Celestino, Inocente, Alejandro, Urbano y Clemente, cada uno el cuarto de su nombre, asisten al fin de los Hohenstaufen.

Los Albigenses fueron excomulgados en 1179 y en seguida comenzaron las persecuciones. En 1208, el asesinato del legado que presidía los autos de fe dió pretexto á la cruzada. Beziers fué tomada en 1209 (60,000 víctimas), el Norte venció al Mediodía en la batalla de Muret (1213) y Albi abrió sus puertas en 1215. Simón (de Monfort-l'Amaury) fué muerto en 1218 bajo los muros de Tolosa; la toma de Aviñón terminó la guerra.

El siglo XII y la primera mitad del XIII fueron en Alemania la época de los Wolfram von Eschenbach y de los Walther von der Vogelweide; en Francia, la de los Wace, Benito de Sainte-Maure, Villehardouin y G. de Lorris.



MUNICIPIOS

¡Cuán pesada era para los municipios lombardos la ruda defensa de su libertad! Cada año vetan bajar de los Alpes las cabalgatas de bandidos alemanes, terribles enemigos, aliados más peligrosos todavía.

CAPÍTULO VII

EDAD MEDIA. — PANTANOS Y MONTES, PROTECTORES DE LA INDEPENDENCIA. — FORMACIÓN DE LOS MUNICIPIOS LIBRES. VENECIA, PISA, GÉNOVA. — GÜELFOS Y GIBELINOS. LOS DOS FEDERICO. — GUERRA DE LOS ALBIGENSES. CIUDADES DEL NORTE DE FRANCIA Y DE FLANDES. ANSA GERMÁNICA. — FUNDACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES. CONFLICTOS Y CADUCIDAD DE LOS MUNICIPIOS. ARQUITECTURA OJIVAL.

A pesar de los términos vagos introducidos en el lenguaje común, hay muchos cuyo sentido ha cambiado gradualmente y que debe interpretarse de diferente modo según las épocas. Una de estas palabras es la de «edad media», que suele aplicarse actualmente á todo el período que separa la caída de Roma bajo los golpes de los bárbaros y la entrada de los Turcos en Cons-

tantinopla. No crearon los historiadores ese vocablo para darle semejante acepción. En otros tiempos se aplicaba por los humanistas al período en que los escritores no empleaban ya las formas clásicas de la lengua hablada desde Cicerón hasta el reinado de Constantino, aunque se expresaban, no obstante, en frases latinas. Desde el punto de vista especial de ese lenguaje, considerado como el único digno de servir á la expresión del pensamiento, se habían dividido los siglos en edad superior, en edad media ó en edad inferior, la que vió el abandono del latín como lengua usualmente escrita y la formación literaria de las lenguas modernas¹. Poco á poco, por una evolución lenta en el empleo de los términos, los historiadores reunieron la edad media y la edad inferior de los filólogos para hacer de ella la Edad Media, tomada en la acepción de período de obscuridad relativa, de noche entre los dos días del pensamiento.

Vico, en su *Ciencia Nueva*, tomó los siglos de la Edad Media como ejemplo de esa vuelta de las edades después del término completo de un ciclo de la historia, marcado por la caída del Imperio Romano. En su opinión, la humanidad comenzaba nuevamente el curso de su existencia por un estado de barbarie análogo al de los tiempos más antiguos mencionados por las leyendas; asimila las dos fases comparando todos sus rasgos de furor y de ignorancia, y llega hasta decir que en aquellos «desgraciados» tiempos de la segunda barbarie «las naciones recayeron en el mutismo», puesto que muchos siglos no nos han dejado ningún escrito en lenguas vulgares y que el latín bárbaro del tiempo era solamente comprendido por un corto número de nobles, todos eclesiásticos².

Es indudable que esa delimitación entre el *corso* de los tiempos clásicos y el *ricorso* de las edades de ignorancia no tuvo la precisión que imagina Vico, pero al menos, respecto de la Europa occidental, responde á una realidad histórica de primer orden. Para otras partes de la Tierra, especialmente para Arabia, Persia y Siria, que resplandecieron súbitamente animadas de una fe nueva restaurada después por el conocimiento de la Tierra, el desarrollo de las

¹ Godfr. Kurth, *Congreso Científico internacional de los Católicos*, celebrado en Friburgo en 1877.

² *Science Nouvelle*, edición francesa de 1844, ps. 373, 374.

ciencias y el progreso de las artes y de las letras, los mismos siglos, aquí la edad de las tinieblas, fueron allá la edad de la luz por excelencia. La Edad Media, es decir, la fase de retracción, de sufrimiento y de muerte aparente, no existió más que para los cristianos de Europa y coincidió con el período durante el cual el



Cl. J. Kuhn, edit.

PERIGUEUX — CATEDRAL DE SAN FRONT

cristianismo, bajo su forma católica y romana, fué aceptado sin protesta ni herejías por los fieles occidentales.

Comprendida de esta manera, la Edad Media comienza, en efecto, con la destrucción del Imperio Romano por los bárbaros, por el saqueo de Roma por los Godos y los Vándalos, pero no dura ciertamente hasta la circunnavegación de Africa ó el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, Cabot y Vespuccio. Mucho antes de esta época, la Europa occidental había vuelto á tomar su fuerza de expansión, manifestándose en las Cruzadas, en las expediciones comer-

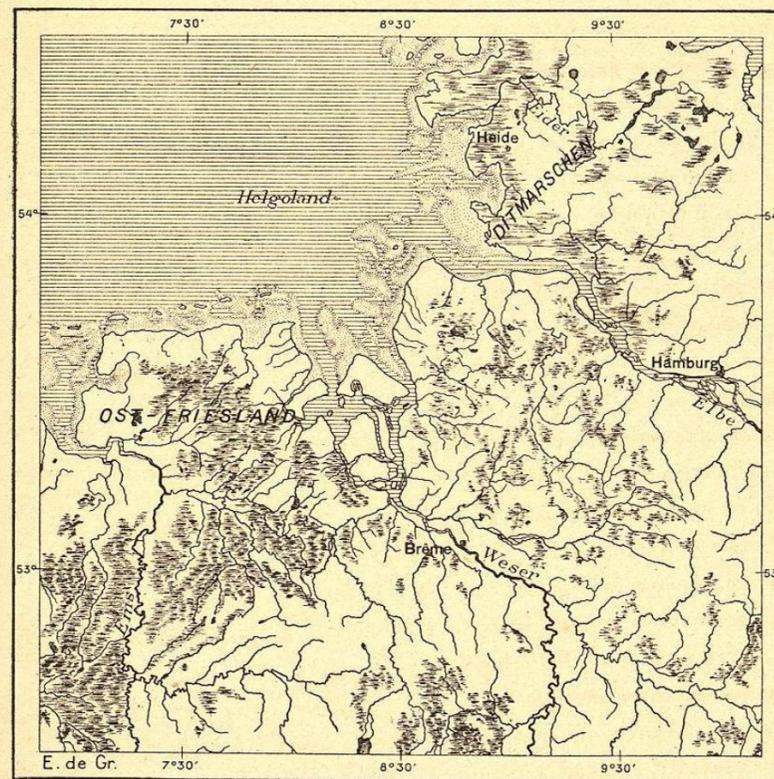
ciales de los mercaderes italianos, en los progresos de los oficios y de las artes y sobre todo en la constitución de los Municipios. La iniciativa individual, que no se aviene con la fe cándida ni con la obediencia mística á papa ó emperador, creaba un primer Renacimiento, dos ó trescientos años antes del que lleva especialmente este nombre en la historia. El espléndido período de las libertades comunales, tan enérgicamente reivindicadas y defendidas, la edad que vió nacer la maravillosa floración de las ojivas, de los florones y de las cresterías, no puede ser confundida en un mismo término de lenguaje despreciativo con los tiempos de la ignorancia y de la grosería bárbaras, durante los cuales los pueblos se preparaban lentamente á una nueva vida. Evidentemente los historiadores habrán de evitar, por medio de una nueva terminología, la confusión que resulta de la denominación de Edad Media aplicada impropia-mente á dos épocas diferentes.

El espíritu de libertad, que es el soplo de la vida y procura sobresalir incesantemente y por todas partes, había de aprovecharse del movimiento de las Cruzadas. La partida de los señores con sus soldados y defensores fué un gran alivio para la generalidad de los súbditos. Es indudable que los príncipes, barones y vasallos habían hecho dar á las tasas y á los impuestos diversos, todo lo que la violencia y la astucia podían extraer de la población desgraciada: dejaban su país empobrecido y exangüe, pero se iban al fin; ¡se vieron desaparecer á lo lejos sus pendones entre la polvareda del camino! Aparte de que los señores se vieron obligados por la dura necesidad del momento á hacer bellas promesas, hasta conceder positivos privilegios á los villanos para que respetasen las tierras feudales y los castillos durante la ausencia de las guarniciones, para que obedeciesen con sumisión á las gentes castellanas y á sus hijos todavía sin espada. Conscientes de las realidades que dejaban tras de sí, muchos señores marchaban contra su voluntad, pero cediendo al impulso de las multitudes, se ponían á pesar suyo á la cabeza de su contingente.

La plebe de los campos, los artesanos de las ciudades hubiesen podido vengar los sufrimientos de otros tiempos, al menos recobraban

parcialmente su autonomía y llevaban la audacia hasta dirigir en parte sus negocios. Así, para no citar más que un ejemplo, los *capitouls* de Tolosa, representantes de la burguesía de esta ciudad,

N.º 317. País de los Frisones y de los Dithmarschen.



1: 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

tomaron gradualmente posesión de la administración del municipio durante la ausencia de su conde, realizándose análoga transformación en todas las demás ciudades de la comarca: el condado llegó á ser de hecho una federación, formada de gran número de pequeñas repúblicas, reunidas bajo la honorífica protección del condado feudal. Cuando Ramón ó Raimundo V murió en Oriente, después de haber fundado el reino de Trípoli, que dejaba á su primogénito Bertrán,

la viuda, que volvió á Tolosa con su joven hijo Alfonso Jourdain (n'Anfos Jordan) — sobrenombre tomado del nombre del río en que fué bautizado — hubo de colocar al heredero bajo la tutela de los *capitouls* y hacerle educar por sus cuidados. Pero cuando se hizo después la terrible Cruzada en el interior que redujo las poblaciones del Languedoc á la servidumbre, los caballeros franceses del Norte vengaron mucho menos las diferencias de doctrina religiosa que pudieran existir, que la afrenta hecha por las ciudades libres al poder feudal.

En ciertas comarcas de Europa las condiciones favorables del medio permitían á los habitantes mantenerse en comunidades perfectamente independientes y hasta inatacables. «En mi país, dice con orgullo Niebuhr, entre los Dithmarschen, no ha habido jamás siervos»¹. Ese privilegio débese á la buena naturaleza del terreno: si la tierra de los Frisones y de los Dithmarschen se ha mantenido libre hasta el principio del siglo XVII, á pesar de la presión de los grandes Estados feudales que con ella confinaban al Sud y al Sudoeste, era porque estaba protegida por pantanos difíciles de atravesar, por canales cenagosos, por espacios cortados por barrancos, donde se hubieran hundido ó despeñado las pesadas cabalgaduras de los barones cubiertos de hierro. Empeñados en ser los únicos conocedores de su país, las gentes de los pantanos se guardaban bien de iniciar en la práctica de los vados peligrosos á los señores ni á sus hombres de armas, y el barro los defendía mejor que los brazos del Océano protegen las poblaciones insulares.

Por una razón análoga, los hombres de las «tierras nuevas» de Flandes, del lado opuesto de las bocas rhenanas, eran también hombres libres. Para conquistar un suelo firme sobre el mar y sobre los ríos era insuficiente la «servidumbre»; se necesitaba la libertad creadora, la franca iniciativa, la inteligencia y la firmeza en el trabajo. Los «huéspedes», roturadores y desecadores ambulantes, á quienes los príncipes feudales de tierra firme concedían esos campos futuros, no hubieran podido aceptar la ruda tarea si hubiesen estado sometidos al censo personal y á las demás tasas que pesaban sobre

¹ Jules Michelet, *Histoire Romaine*, 1 vol., p. 9.

los siervos, y sobre todo si se hubiesen visto obligados á recurrir á gentes armadas con el cuchillo ó con el palo para vigilarlos en su trabajo: todo lo que se les podía pedir era la promesa de pago de un censo anual cuando se hubiera conquistado la tierra. Toda subvención preliminar les era inútil; les bastaba con que se les dejase libres de obrar; la fuerza necesaria la obtenían por la potencia de la asociación; en su obra sabia y de todos los instantes, emprendida para disciplinar los elementos, habían de contar los unos con los otros, distribuirse los trabajos, todos igualmente útiles al éxito definitivo, y vivir en una comunidad de esfuerzos que constituía una verdadera república de intereses y de amor mutuo. Por una colaboración de ese mismo género, mucho antes de la existencia de las monarquías egipcias, los ribereños del Nilo, del Tigris y del Eufrates crearon esos admirables campos de que los soberanos absolutos se hicieron fácilmente dueños cuando ya no se necesitó más trabajo que el de la vigilancia y la conservación. Del mismo modo, cuando las tierras de Flandes, antes periódicamente cubiertas por las aguas y devoradas en parte por una terrible inundación en 1170, se hubieron secado, no ofreciendo para lo sucesivo dificultades su conservación en buen estado bajo la dirección, ya inútil, de intendentes, de *watergraven*, *dijkgraven* ó *moormeesters*, los condes trataron de gobernar más directamente esas tierras libradas de las aguas, y hasta, por el ejemplo que les había sido dado por los campesinos iniciadores, pudieron aumentar en diversos puntos la extensión de sus dominios palustres: así fué como Felipe de Alsacia, en el siglo XII, hizo levantar el gran dique del Zwyn y se jacta en sus cartas de haber desecado á sus expensas extensos territorios¹. No obstante, la forma de las antiguas repúblicas comunitarias se conservó mucho tiempo y se ha perpetuado aún bajo el nombre de *wateringen*, *wateringues*; á lo menos esos sindicatos de desecadores conservan el reflejo de su glorioso pasado.

Por otra parte, cuando esos conquistadores de los lodos, esos creadores de tierras arables se hallaron, en su propio país, tiranizados por el poder de los señores, se aventuraron lejos de sus desemboca-

¹ H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*.